

EL PARQUE DE LA VENTA

Por Raúl FLORES GUERRERO

*"Lo que muere y lo que vive
junto al agua vive y muere"*

CARLOS PELLICER

A TABASCO hay que llegar con los pantalones del alma remangados. Allí todo es agua.

Agua de las primeras aguas tan remota que al recordarla tiemblan los helechos.

En los mapas, el Estado de Tabasco aparece marcado con una gran mancha azul. Vista desde el aire la región no es otra cosa que un inmenso charco salpicado de isletas de verdura, muchas de las cuales no son sino mantos superficiales de lirios acuáticos. Por tierra —más bien por agua— la carretera se lanza como una saeta polvorienta e interminable sólo rota por la corriente de los grandes ríos; el Tonalá, el Grijalva. A uno y otro lado los pantanos se pierden, en el infinito, cubiertos de manglares y de árboles robustos y chaparros.

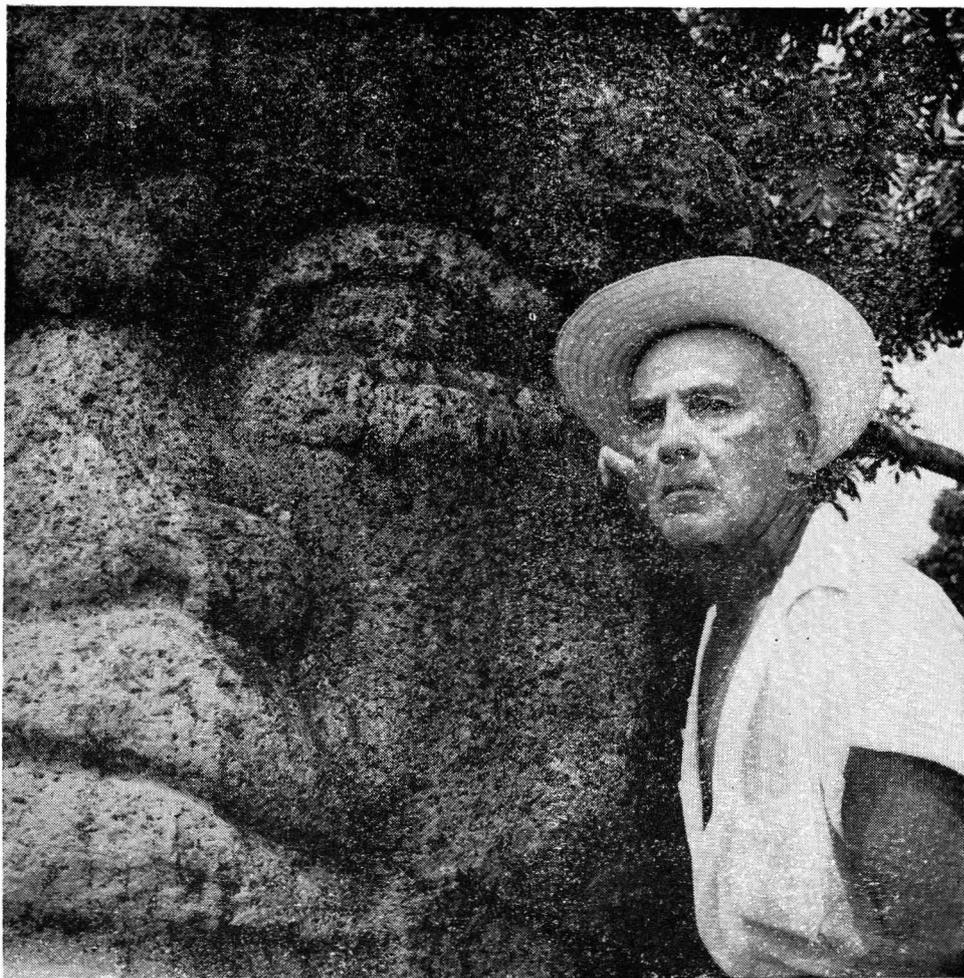
El ruido del motor de los vehículos que ocasionalmente pasan por ese camino se difunde en la atmósfera tropical y pronto se pierde devorado por el silencio, un silencio impenetrable de desierto en medio del cual se cortan en seco hasta los graznidos de las garzas. Durante las noches los pozos petroleros levantan a cada momento crepúsculos y amaneceres artificiales en los horizontes y entonces los árboles y las matas recortan sus siluetas nítidamente contra los cielos rojizos.

En esta región habitaron, durante los diez siglos anteriores a nuestra era, los pueblos olmecas, creadores de la más antigua civilización americana.

Bajando por el río Tonalá, cerca del mar, estaba la ciudad de La Venta. Y digo estaba porque de ella sólo queda ahora un montículo informe que corresponde a la pirámide principal y que aun no han podido arrasar los petroleros, como lo hicieron con dos grandes plazas ceremoniales para hacer una pista de aterrizaje y con dos plataformas arcaicas, despedazadas con el objeto de disponer de un mayor espacio, ni siquiera indispensable, para la brecha que une la carretera principal con el vecino campamento en el cual arden ya varios flameros de gas.

Los olmecas erigieron en La Venta la primera gran ciudad religiosa del mundo indígena precolombino. Allí se originó el concepto de planificación urbana —juego armónico entre espacios abiertos al aire libre y macizos arquitectónicos— que más tarde fue llevado a su máximo esplendor por los teotihuacanos y por los zapotecas. Allí se pensó por primera vez en la pirámide como el basamento ideal para los templos de los dioses. Allí también se inició la costumbre, común a todas las culturas prehispánicas de México, de superponer periódicamente los edificios según ciclos calendáricos invariables que, por estar relacionados con la agricultura, tenían implicaciones religiosas.

Pero todos estos testimonios de la grandeza creadora de los olmecas en el terreno de la arquitectura y de la plani-



C. Pellicer. "El poeta vivió días enteros en La Venta"



Estela olmeca. "Podía estar en un medallón renacentista"

ficación, apenas descubiertos y en proceso de estudio, fueron barridos por las palas mecánicas, arrancados de raíz por los dientes de acero, revueltos y transformados en campo de explotación industrial en aras de nuestra refulgente civilización del siglo XX sin que se pensara, siquiera por un momento, en la posibilidad de conciliar el interés económico con el de conservar el patrimonio arqueológico de México.

Pero si la ciudad de La Venta pudo desaparecer sin levantar ningún eco de protesta —sólo en México y en el Perú pueden aún darse casos como estos— las obras maestras de escultura monumental que en ese mismo lugar se habían descubiertas a partir de 1940 corrían un riesgo semejante. Semihundidas en el lodo nada difícil era que sirvieran de blanco para las prácticas de tiro de la guarnición militar del nuevo caserío petrolero.

La salvación del legado escultórico de los olmecas fue obra de un poeta. Carlos Pellicer demostró que su voz de río no sólo estaba hecha para elevar cantos líricos a la naturaleza de su tierra, sino también para convencer a gobernadores y funcionarios de la importancia trascendental de una empresa semejante. Varios años de intensa dedicación fueron necesarios para conducir los treinta monumentos conocidos de la antigua ciudad hasta un amplio terreno cedido por el gobierno del Estado en las afueras de Villahermosa, la capital del agua.

El poeta vivió días enteros en La Venta, con la camisa húmeda por el sudor y aguijoneado por los tábanos, dirigiendo las maniobras de traslado, tan delicadas por la facilidad de ruptura de las piezas como arduas por el peso individual —en algunos casos de cerca de treinta toneladas— de cada una de ellas.

¡Cuántos viajes en avión fueron necesarios de Villahermosa a La Venta, de La Venta a Villahermosa! El piloto, capitán Salvador Compeán, admirado por el fervor de Pellicer hacia su obra pronto se convirtió en su colaborador más entusiasta.

Los *buldozers* rebanaban el terreno para que las plataformas de los enormes carros de transporte llegaran al nivel de la base de cada monolito. Los *malacates* mecánicos tiraban de los cables de acero que muchas veces se rompían por la tensión, como si fueran hilos, sin lograr mover a las esculturas gigantes ni un solo milímetro. Los gritos de los trabajadores se transformaban, a medida que el sol ascendía y sus rayos secaban las gargantas, en insultos dirigidos a las piedras inertes, a lo motores sin potencia, al barro de ese terreno cenagoso que parecía oponerse a que se le despojara del tesoro artístico que durante tantos siglos había escondido. Una de las mayores incógnitas de los escultores olmecas adquirió en esos

momentos caracteres impresionantes: ¿cómo fue que aquellos hombres llevaron esas colosales masas de piedra hasta La Venta, a través de los pantanos, cuando las canteras más cercanas se encuentran a cerca de cien kilómetros de distancia?

A mediados de 1958 todos los monolitos de la vieja capital olmeca estaban en Villahermosa

... y en la ciudad desalojada el reinado de las orquídeas se inició...

El extenso terreno que ocupa el Parque de La Venta, en los alrededores de Villahermosa, muere en las orillas de la Laguna de las Ilusiones que, de trecho en trecho, oculta su tranquila superficie bajo capas flotantes de nenúfares y de lirios morados. Pellicer ha creado allí también, aunque en forma distinta, poesía. Poesía que huele, como toda la suya, a selva húmeda y que tiene un resabio a siglos de historia. Los caminos de terracería se pierden en medio de una maleza, apenas retocada, para desembocar en claros luminosos en donde destacan, como por milagro, las imponentes figuras de piedra de La Venta.



"observa el firmamento"

Junto a la laguna, en pozas especialmente construidas por Sebastián, el maestro de obras del Parque, una nutria deja asomar las negras canicas de sus ojos de vez en cuando entre el agua, y los lagartos salen a las rocas para tomar el sol. También los armadillos y los monos viven allí, en sus fosas respectivas, en agradable cautiverio.

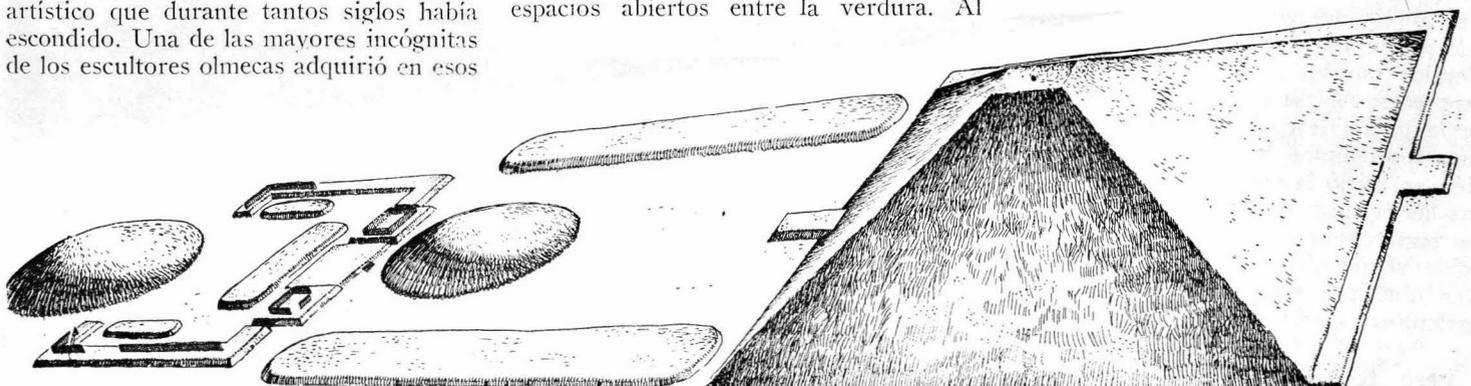
En este prodigioso museo al aire libre, único en el mundo, los monolitos olmecas llenan con su mágica presencia todos los espacios abiertos entre la verdura. Al

final de una calzada una cabeza gigantesca, más alta que un hombre, mira al agua. Parece la cabeza de un gigante de basalto enterrado hasta el cuello al que nada le importa. Al fondo del jardín se encuentra otra, y otra más en el centro. Cada una de ellas con distintas expresiones. La humanidad de sus rasgos es tal que se diría respiran por su pétrea nariz achatada y sus labios carnosos y sensuales parecen temblar en la piedra musitando un mensaje o un conjuro. Tienen que ser retratos. Por fuerza. ¡Son tan diferentes entre sí y a su vez tan distintas de las que se han hallado en Río Chiquito y en San Lorenzo, en las selvas de Veracruz! Evidentemente estas solemnes y grandiosas esculturas fueron hechas por los olmecas para perpetuar la presencia de los sacerdotes de su religión entre el pueblo. Ellos eran hombres de carne y hueso divinizados por su función de intermediarios ante la divinidad. Fue así que los olmecas recurrieron a la representación realista para caracterizarlos. En otros sitios de este soberbio museo aparecen los cuerpos humanizados de estos sacerdotes, sentados a la manera oriental, dirigiendo su rostro oculto por máscaras de tigre hacia el cielo.

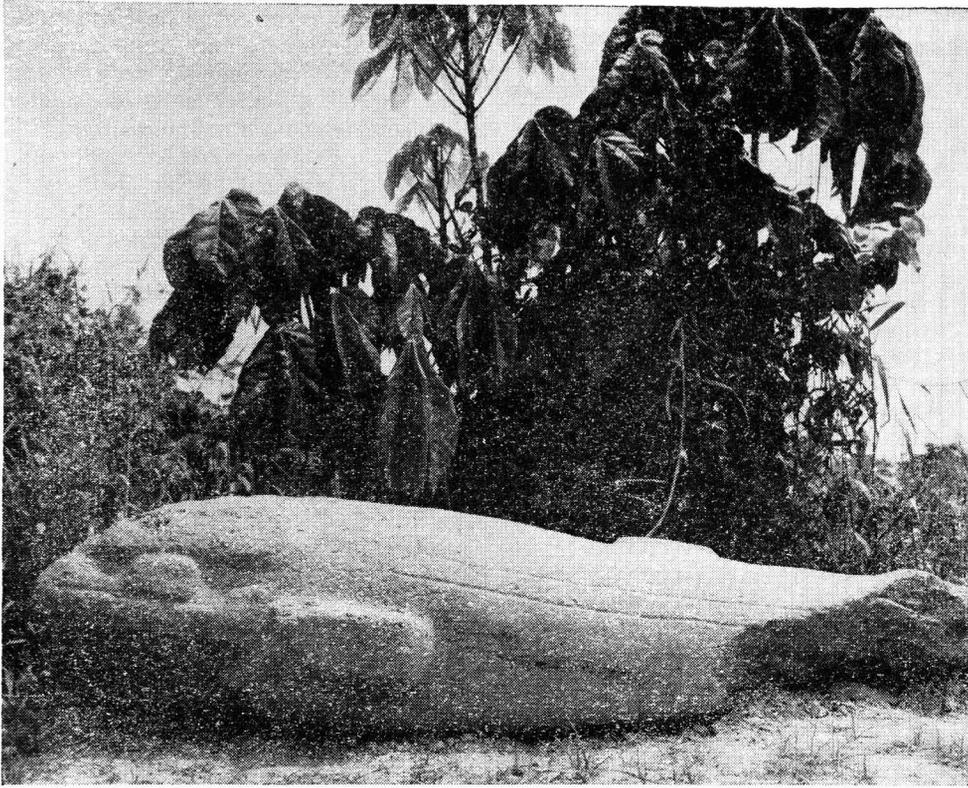
¡De qué distinta manera se presenta en esta cultura el símbolo del dios principal, el dios jaguar! En este caso no se trataba de retener la imagen de un jaguar en particular, sino la del concepto de un ente metafísico que obraba su poder sobre toda la ciudad: no había realismo válido. Los olmecas tuvieron que recurrir a la abstracción, al símbolo sugerente más que a la escueta representación de una realidad física.

En el Parque de La Venta Carlos Pellicer colocó sobre el piso los grandes mosaicos formados por lasajas verdes de serpentina que conforman la máscara del dios más importante de esta civilización. En la ciudad sagrada de la que fueron traídas, estas máscaras enormes habían sido enterradas intencionalmente; después de su colocación original nadie pudo verlas, puesto que fueron cubiertas de inmediato por túmulos de barro coronados de imponentes cercas de columnas bálticas que las defendían de las fuerzas de dioses contrarios. Ahora todo mundo puede admirar esos pisos de piedra pulida que dejan adivinar, a pesar de su geométrica concepción ajena a todo naturalismo, unos ojos, una nariz, unas fauces, que en su conjunto constituyen el símbolo abstracto del poderoso dios-jaguar de La Venta.

También están aquí los majestuosos altares monolíticos, en los cuales los olmecas reunieron los dos conceptos formales



La ciudad de La Venta, antes de su reciente destrucción. Croquis de Iker Larrauri.



"Pieza única por sus ecos oceánicos"

que animan toda su creación artística: el abstracto-religioso, cuando hacen referencia al dios jaguar; el realista cuando se trata de representar a sus sacerdotes.

En este caso de los altares las fauces abiertas, los colmillos, los ojos, fueron esculpidos en un suave pero monumental relieve, estilizado a tal grado que sólo conociendo el afán de simbolismo religioso de los olmecas —que los condujo a esculpir hachas pulidas como máximo signo abstracto de su deidad principal— es posible reconocer sus alusiones a rasgos específicos del jaguar. En varios de estos monumentos, entre las mismas fauces transformadas en especie de gran nicho, surgen los sacerdotes tallados en la piedra con una fuerza plástica notable: uno de ellos lleva entre sus brazos el cuerpo de un niño destinado al sacrificio; otro, con las piernas cruzadas sobre el piso aprieta con sus puños las sogas que aprisionan a impotentes esclavos, representados, en sutil relieve, a cada lado de la gran mole de piedra labrada.

Entre camino y camino de este jardín excepcional Carlos Pellicer situó las estelas olmecas en contra del follaje, en una forma que no pueden pasar desapercibidas jamás. De pronto aparece a la vuelta de una vereda un solemne sacerdote, en cuerpo entero, saliendo de las entrañas del monstruo omnipotente a quien servía; o bien un caminante, de perfiles apenas realizados sobre la masa lítica, que avanza osado frente a los glifos mudos. En una de estas estelas, enorme, pesadísima, un gran señor, ricamente tocado y vestido, ocupa el centro de la escena rodeado de pequeñas figuras de dioses menores que parecen volar en un gris e incommovible cielo, y en otro monumento semejante los rayos del sol dibujan sobre la lisa superficie el perfil de un personaje extraño en ese mundo de símbolos ignorados y de rostros olvidados: un hombre barbado y de nariz prominente que bien podía estar, sin causar ninguna sorpresa, en cualquier medallón renacentista. ¿Una premonición de Quetzalcoatl? Nada es imposible en el mar de teorías en el que

la arqueología navega. No hay que olvidar que el culto quetzalcoáltico surgió en Teotihuacán y que en esta última ciudad del altiplano la huella de las gentes de la costa ha quedado grabada en algunos templos bajo la forma de conchas y caracoles marinos.

En algunos rincones del Parque de La Venta yacen otros monolitos que hacen alusión a mitos menos elaborados, pero asimismo menos conocidos: un tiburón de piedra con las aletas rotas por los siglos, única pieza de inspiración oceánica en la escultura monumental del México pre-

hispanico, o bien un mono que sostiene su cabeza con las manos para mirar las estrellas. Aunque originalmente esta escultura fue hecha para ser empotrada en algún monumento, ahora, junto a la laguna, crea a su alrededor una atmósfera plagada de poesía.

La tumba de columnas basálticas que ocupaba un lugar principal en el eje de la antigua ciudad de La Venta hoy se ve a pleno sol. Su monumentalidad produce en los espectadores una emoción estética tanto más notable si se considera que está construida sólo de piedras lisas. Pero ¡qué piedras! Y qué sentido arquitectónico tan sabio el de su ordenamiento en el espacio.

El Parque de La Venta podría bien ser nada más que un sueño de poeta y, sin embargo, es toda una realidad arqueológica actualizada. El arte del pasado adquirió vida nueva en virtud de una voluntad que triunfó sobre la barbarie de la civilización contemporánea y gracias a una sensibilidad que se impuso a las barreras del olvido.

Con el legado histórico de uno de los pueblos más dotados para la escultura que han existido sobre la tierra, Carlos Pellicer erigió en Villahermosa uno de los museos al aire libre más originales y sorprendentes del mundo. No es hipóbole afirmararlo. Canto sonoro y profundo creado con voces de piedra que vienen de muy allá y que, junto a la Laguna de las Ilusiones, lanzará por siempre a los siglos el grito de los orígenes americanos del poeta con su verbo en romance que nos dice:

*... agua de Tabasco vengo
agua de Tabasco voy;
de agua hermosa es mi abolengo
y es por eso que aquí estoy
dichoso con lo que tengo...*



"abstracción y realismo, religión y humanidad"



Cabeza olmeca en el museo del Parque de La Venta
(Ver en este mismo número "El Parque de La Venta", por Raúl Flores Guerrero.)